

# LO QUE ESCONDEN LAS CONDUCTAS VIOLENTAS DE LAS PERSONAS

(EXPLICACIÓN DE LOS ACTOS DE VIOLENCIA DESDE EL  
ANÁLISIS EVOLUTIVO DEL SER HUMANO Y EN ESPECIAL  
DESDE LA ADOLESCENCIA

JOAN DE LA CRUZ LAGUARDA  
INSTITUTO WILHELM REICH – EUROPA  
CENTRO DE ATENCIÓN CLÍNICA, FORMACIÓN E  
INVESTIGACIÓN

(CONFERENCIA DADA EN LA UNED DE VILLAREAL, EL 22-11-2012)

VIOLENCIA COMO LUCHA DE PODER.

Para hacer un análisis de la violencia desde el punto de vista psicológico, tendremos que entender las conductas violentas de las personas como una lucha de poder en el que el objetivo de dicha conducta es obtener el dominio sobre el otro.

En los casos de violencia de género la persona agresora intenta dominar con sus actos las emociones y las acciones de la persona agredida hasta conseguir hacerla dependiente de sus deseos. Otro ejemplo sería el caso de la violencia, cada vez más frecuente, de los hijos adolescentes sobre sus padres cuyo objetivo es obtener poder y control sobre éstos, según la definición de Cottrel (2001).

En ocasiones esta lucha se realiza de manera consciente e intencionada, pero en muchas otras son actos sutiles realizados sin premeditación, donde lo que prima es la acción, no mediada por el pensamiento, para conseguir la posición dominante.

¿Qué es lo que hace que una persona se relacione con el otro desde la lucha de poder y no desde la igualdad?

La premisa en la que me baso para responder a esa pregunta es la siguiente: la tendencia a buscar situaciones de dominio o poder en las relaciones humanas se basa en la propia fragilidad e inseguridad psíquica de la persona violenta que le dificulta enfrentarse a las frustraciones y pérdidas que son intrínsecas a las relaciones humanas, mostrando una apariencia de potencia y control y evitando así entrar en contacto con su propia fragilidad.

RELACIONES HUMANAS, FRUSTRACIÓN Y PODER

En la convivencia humana se dan continuamente situaciones en la que los deseos de cada uno, contrastados con los del otro/s, pueden encontrar o bien una respuesta satisfactoria o bien una insatisfacción con la consiguiente frustración. En aras a una adecuada relación con el otro, esas frustraciones, acompañadas del consiguiente sentimiento (tristeza, decepción, rabia...) las encajaremos aceptando la postura del otro, negociando con la consiguiente pérdida a cambio de una ganancia (que puede ser simplemente la aceptación o acompañamiento del otro evitando la soledad o la exclusión), y aprendiendo en definitiva a aceptar la realidad, por dolorosa que ésta sea (no creo necesario insistir en que el significado de aceptar es muy distinto al de resignarse). Pero en muchas ocasiones nos encontramos que la persona tiene dificultades para:

- enfrentarse a esos sentimientos de tristeza o pérdida, porque quizá éstos le resultan excesivamente dolorosos (experiencias continuadas de soledad o de no sentirse querido);
- negociar y dialogar con el otro desde la igualdad y el respeto (habilidades que se han de educar desde la familia, la escuela y la sociedad en general);
- salirse de la posición infantil de omnipotencia (“si yo lo deseo lo tengo que conseguir o se me ha de conceder”);
- gestionar la propia rabia, lo cual desemboca en explosiones de ira o violencia;
- situarse frente a la autoridad o la asertividad del otro, que pueden derivar en sentimientos persecutorios (“es que me tiene manía”) que claman venganza.

*Ejemplo: A. es un chico de 11 años que ha tenido en el colegio un conflicto con J. y C. y solicita una mediación para resolverlo. Se queja de que se burlan y ríen de él, especialmente cuando tiene algún problema. A medida que avanza el proceso de mediación se hace patente la necesidad de A. expresada por él mismo: que J. Y C. le ayuden cuando él está mal y que quiere ser para ellos como un amigo especial, a lo que C. responde: “sí, puedes ser mi amigo, pero uno más”. Esa negativa a la solicitud de “amistad especial” es para A. una frustración ya que su deseo no se puede cumplir; sólo le cabe el de ser uno más en el grupo. Veo que a A. habrá que ayudarle para “digerir” esa situación frustrante porque conociéndolo, le va a costar: su situación familiar es difícil: sus padres están inmersos desde hace años en un continuo y destructivo enfrentamiento y A. se encuentra en medio contemplando y/o recibiendo las andanadas que se lanzan mutuamente. Él suele estar nervioso e intranquilo con mucha frecuencia, tiene poco aguante y se siente infeliz y busca continuamente el amor y la amistad de los demás (ya que siente que no lo tiene de sus padres): todos los ingredientes para crecer con un yo muy frágil y necesitando el apoyo de los demás para contrarrestar su inseguridad, por eso difícilmente va a desarrollar una respuesta asertiva ante las situaciones frustrantes en sus relaciones con los demás.*

Todos sin excepción hemos experimentado en mayor o menor grado alguna de las dificultades que acabo de describir, pero gracias al aprendizaje de la vida las

hemos ido sorteando de mejor o peor manera; pero para muchas personas superar estas dificultades supone una barrera difícilmente salvable, por lo que sin darse cuenta van elaborando estrategias para:

- no enfrentarse a los sentimientos dolorosos;
- evitar la negociación por el riesgo de perder su posición o aceptar la autoridad del otro;
- recrearse y refugiarse en el placer infantil de la omnipotencia;
- dar rienda suelta y justificar sus explosiones de ira;
- desautorizar con argumentos vacíos la autoridad del otro.

El resultado de esa estrategia es situarse en una posición dominante frente al otro, aunque eso suponga el recurso a la violencia. Hasta qué punto ese recurso a la violencia será más o menos frecuente y perjudicial dependerá de la intensidad y la continuidad en el tiempo de la experiencias dolorosas y de los modelos de relación entre los que se haya criado.

Al final, mediante el recurso continuado a las relaciones de poder y la violencia evitará sentir su propia fragilidad sustituyéndola por el dominio sobre el otro. Este es un dato suficientemente estudiado y corroborado día a día en la clínica.

## RAÍCES EVOLUTIVAS: INFANCIA – ADOLESCENCIA

Estas dificultades que he enumerado se van gestando desde la infancia a partir fundamentalmente de una relación entre padres e hijos con frialdad afectiva y que no ha sabido aportar elementos de maduración emocional suficientes para crecer con seguridad y confianza.

Con la llegada de la adolescencia, los conflictos antiguos se recrudecen y aparece la actitud cuestionadora y crítica frente a cualquier autoridad, una actitud que con una respuesta “moduladora” y contenedora de los padres permite al adolescente encontrar un camino propio hacia el mundo adulto. Si por el contrario los padres no son capaces de erigirse en autoridad contenedora (una autoridad que al mismo tiempo que pone límites adecuados, transmite seguridad y afecto) y actúan desde la intolerancia o desde la dejación favorecerán el aumento tanto del sentimiento de inseguridad en su hijo/a como la ilusión de poder y de dominio basado fundamentalmente en sus deseos.

Según Ricardo Fandiño y Raquel Gude (1), si nos vamos a las historias personales de los adolescentes y jóvenes con problemas de actos continuados de violencia nos encontramos con que un número importante de ellos carecieron la mayor parte de la vida de un entorno familiar generador de la seguridad y el afecto necesarios para que se dé una evolución saludable. Dichas condiciones de crianza ejercen un efecto firme y duradero.

Jerónimo Bellido (2) habla de que ese modelo de crianza en un mundo cada vez más mecanizado y deshumanizado provoca en el individuo una falta de consistencia yoica y sensación de carencia de soporte emocional: lo que predomina es el vacío y la sensación de soledad extrema ante un mundo vivido como amenazante y muy destructivo. (El niño se siente solo, frágil, su yo no tiene consistencia y no se puede defender de los estímulos desagradables, por lo que éstos son vividos como peligrosos. Por eso el sentimiento persecutorio)

Un niño/a o un adolescente construye su propia seguridad y fortaleza a partir, fundamentalmente, del sentimiento de que uno/a es importante para sus padres, que en el orden de prioridades en la vida de éstos, él/ella es primordial, tanto o más que por ejemplo la vida profesional, o las actividades fuera de casa de los padres, o los conflictos personales en los que en muchas ocasiones éstos se ven inmersos hasta el punto que la vida de su hijo/a no es merecedora de la atención que en cambio sí que se presta a sí mismo.

Tenemos por ejemplo a padres/madres que dedican muy poco tiempo a la familia priorizando su proyección laboral o empresarial y que en la relación con sus hijos son fríos y distantes; esto puede ocasionar en los hijos una sensación de frialdad y de abandono; (no es el caso de los padres que aunque les dediquen poco tiempo a los hijos, éste está cargado de afecto y atención)

Hay también padres con conflictos personales significativos que les dificulta relacionarse con los hijos desde la madurez necesaria para que no afecten a sus hijos (padres inseguros, desbordados ante cualquier problema, o bien depresivos...); éstos crecerán con una constante sensación de inseguridad, ya que sus padres no se la pueden transmitir; al mismo tiempo a la larga no podrán confiar en sus padres en los momentos difíciles e incluso podrán aprovecharse de la fragilidad de éstos para obtener beneficios;

También nos encontramos con progenitores con una fuerte personalidad y que les gusta destacar no permitiendo protagonismo de otros. En este caso, le será difícil valorar tanto los logros de los/as hijos/as, como que el camino elegido por éstos sea distinto al que ellos ya tienen pensado. Al adolescente le quedará poco espacio para elaborar su propia identidad, con lo que esto supone de fragilidad e inseguridad.

Hemos descrito tres ejemplos (podría haber más) de cómo la maduración de la personalidad en la adolescencia no se consigue, el individuo no pasa por la experiencia de superar las dificultades propias del crecimiento desde la confianza y la seguridad que proporcionan las relaciones paterno-filiales saludables y mostrará su inmadurez y sus carencias internas a lo largo de la vida adulta.

Si nos fijamos bien, otra consecuencia de lo que estoy describiendo es que el fenómeno de la violencia no es patrimonio de las familias con condiciones socio-

económicas y culturales más bajas sino que afecta a todas las clases sociales, aunque en las más altas suele quedar más oculto, fundamentalmente por la mala imagen que puede dar.

Estos modelos de relaciones paterno-filiales que estoy describiendo, generalmente no son suficientes por sí solos para explicar las relaciones basadas en la violencia; serían como el caldo de cultivo al que les falta un ingrediente importante. Me refiero a que la persona ha de tener la experiencia, porque la ha sufrido o porque la ha visto con cierta asiduidad, de que la utilización de la fuerza para obtener un beneficio en perjuicio del otro es útil, es decir, sitúa a quien la utiliza en una posición beneficiosa para obtener lo que desea. Es el momento de fascinación por ese poder el que funcionará como motor de sus futuras relaciones personales puesto que por un lado le proporcionará la satisfacción de sentirse dominante, y por otro ese poder llenará el vacío que hay en su interior.

Desgraciadamente estamos en una sociedad que amplifica este sentimiento omnipotente, donde la utilización del poder y de los recursos en beneficio propio se justifica con el argumento de “si los demás lo hacen y no pasa nada, ¿por qué no lo voy a poder hacer yo?”. Ejemplo de esa moral los tenemos todos los días en las primeras páginas de los periódicos, generalizándose el discurso de que quien tiene el poder (financiero, político, social...) y no lo utiliza en beneficio propio queda desvalorizado.

## AMBIENTE FAVORECEDOR DE LA MADUREZ

Pero si nos estamos centrande en explicar cómo un tipo de ambiente puede ser el desencadenante de un funcionamiento insano, también deberíamos hablar de cómo debería de ser ese ambiente para favorecer un crecimiento de la persona que proporcione seguridad, madurez y fuerza del yo. De alguna manera se deja entrever a partir de lo que he descrito: los/as niños/as y adolescentes necesitarán unos padres que les transmitan afecto, sensación de seguridad a partir de transmitirles reconocimiento y valoración, una relación basada en la importancia de los afectos, las caricias y el respeto hacia los deseos naturales de los/as hijos, y sobre todo una educación desde la madurez de los propios padres que actúan con autoridad pero sin autoritarismo.

En este sentido creo que es necesario hablar, en especial en la adolescencia, de una parte muy importante y estructurante de la función paterna relacionada con los límites y la autoridad, concretamente de la *importancia de los límites contenedores que han de establecer los padres con autoridad*.

Desmenuzaré esta frase:

- Límites: Es un rasgo intrínseco de la adolescencia la actitud cuestionadora de

la autoridad adulta y la conducta transgresora que paradójicamente coinciden con un momento de inseguridad e indefinición. Tomar consciencia de la presencia de límites externos va a ser fundamental para organizarse comportamental y mentalmente. No nos referimos al cumplimiento extremo de la norma (cuyo resultado sería el niño siempre obediente) sino a las referencias necesarias para que el joven pueda diferenciar cuándo su comportamiento está operando dentro y fuera de los límites que impone la realidad y que deberá encontrar en la familia, la institución escolar y en los códigos de convivencia social;

- Contenedores: estamos hablando de una etapa evolutiva en la que el sujeto está en proceso de definir su identidad para poder asumir los retos que le plantea el futuro inmediato: vocacional, psicológico, afectivo, etc. y ante el cual se siente a veces perdido, mareado. Aunque desea enfrentarse a sus padres y a la autoridad, también está pendiente de ellos para elaborar su propio camino. Necesita confiar en ellos, sentir que lo apoyan, que no está solo frente a la angustia del tener que decidir y del qué decidir. Será fundamental una actitud de escucha abierta por parte de los padres y de los referentes de la autoridad (por ejemplo los profesores) así como de acompañamiento.

Podríamos resumir ambas cosas en una frase que podría decir cualquier adolescente: “quiero que me pongas límites para no sentirme perdido, pero me será más fácil cumplirlos si al mismo tiempo siento que me quieres y me cuidas y que puedo confiar en tí”.

*Una amiga me relató en una ocasión la siguiente situación que vivió: a los 15 años ella y su grupo de amigas decidieron no ir a clase esa mañana. Ante esa masiva ausencia, los profesores se olieron lo que pasaba y avisaron a las familias. Cuando volvieron a casa cada una recibió su correspondiente riña, castigo, etc. Cuando volvieron a juntarse, cada una describió cómo le habían abroncado y/o castigado sus padres, menos una que exclamó: “¡Jó, que suerte tenéis, los míos a mí no me han dicho nada, es como si pasaran de mí”.* Creo que sobran los comentarios.

Ahora bien, para poder confiar en alguien en momentos difíciles, ese alguien, además de generar confianza tiene que convertirse en autoridad que transmita seguridad. Pero deberá ser una autoridad asertiva, con fuerza del yo y comprometida con la justicia y los principios morales, porque el/la adolescente necesita creer en ellos y en su defensa.

Con este recorrido evolutivo que he expuesto espero haber puesto algo de luz sobre el origen de las conductas violentas de las personas.

(1) Ricardo Fandiño y Raquel Gude: “Adolescentes en el límite: entre la psicopatología y la delincuencia”. Colegio Oficial de Psicólogos de Galicia.

(2) Jerónimo Bellido: “El maltrato: ¿es un acto de falta de amor?” Conferencia en la UNED de Villarreal, 22-11-2007